

en casa de...

Texto: Solange Vázquez
Fotos: Txetxu Berruezo

Le encanta la naturaleza, pasear por el campo con sus perros, hacer vida sana y abandonarse a la morriña que, como buen gallego, siente cuando recuerda los veranos de su niñez con sabor a nécora, a chapoteos en el mar y a bullicio de familia numerosa. Sin embargo, una mutación causada por la madurez y las exigencias laborales, ha convertido al cantautor Joaquín Lera en un solitario de secano residente en Madrid que, de cuando en cuando, se encierra en su refugio de la capital para componer sus canciones. «Normalmente vivo en el campo, pero tengo aquí en la ciudad una segunda casa, que yo llamo 'el zulo'. Es el sitio que utilizo para aislarme y trabajar», explica el cantautor.

Su cubil, un piso penumbroso y minúsculo, más bien parece un almacén de instrumentos musicales de diferentes países. Tumbadoras, guitarras, banjos, teclados y tambores conforman una atmósfera bohemia y étnica muy apta para el cultivo de los ramalazos creativos que proliferan entre acordes y ritmos exóticos. «Hay quien se trae de sus viajes figuritas y souvenirs horteras. Yo, la manía que tengo es comprar instrumentos locales. Será por deformación profesional, pero me encanta. Además, desde un punto de vista estético, también me gustan», justifica.

A parte de sus «cacharros de hacer ruido», el cantautor, que acaba de editar un nuevo disco, también necesita de otros fetiches para atraer a las musas: fotos de sus viajes, de sus compañeros y de su extensa familia. Tal cantidad de imágenes ha acumulado en su estudio que el habitáculo ya parece una capilla consagrada a sus seres queridos y a sus recuerdos gratos. «Otros colegas de profesión tienen por costumbre usar algún tipo de amuleto a la hora de componer. Yo no, me basta con estar rodeado de cosas que me hacen sentir bien y que evocan situaciones y personas que son importantes en mi vida: mis padres, mis once hermanos...», comienza a enumerar.

Eso sí, el halo de romanticismo que reviste su trabajo y el aislamiento de niño burbuja necesario para «conseguir esos estribillos milagrosos que surgen cuando menos se espera» se van al garete cuando, en pleno frenesí poético, su vecina de al lado comienza a cantar «Mi carrooo, me lo robaaaaaaron...» y otros hits de Manolo Escobar. Así no hay quien se concentre. Sin embargo, en lugar de desatar su ira contra la cantarina señora, lo que hace es levantarse resig-

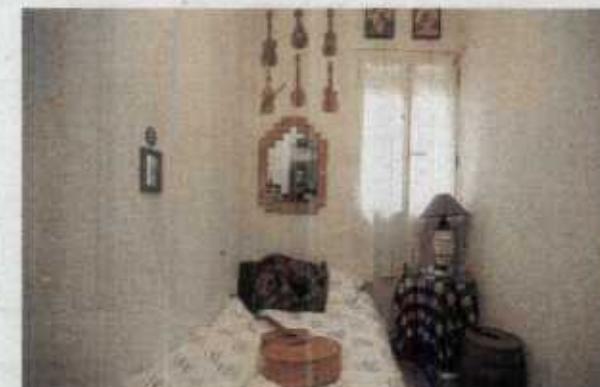


Joaquín LERA

cantautor

nado y prepararse un café. Y, si se tercia y la cafetera le da ánimos, se asoma al patio interior y charla con la culpable de la interrupción. «¡Como le voy a decir nada! Seguro que yo molesto mucho más con mis instrumentos y mis canciones», señala.

Pero hay veces en que la inspiración no acude a su morada. Entonces, hay que salir a buscarla fuera. Para eso, el mejor remedio, según Lera, es acudir a uno de los



pocos garitos nocturnos donde todavía se puede hablar y encontrar gente «auténtica». «Soy más bien casero, no salgo demasiado. Pero si es verdad que de noche se ven cosas que no hay de día. Sin embargo, ya no existe el ambiente que había hace veinte años. Parece mentira, en una ciudad tan grande...», se lamenta.

Lo único que le reconcilia con Madrid, a parte de cuatro o cinco bares que han

«Los amuletos que utilizo para componer son las fotos de mis seres queridos»

sobrevivido al asalto del tiempo, son los meses veraniegos, cuando la capital parece semidesierta y recupera en algunas zonas sus rasgos más amables y castizos. Entonces, las madrugadas calurosas y la hostilidad urbana en letargo se convierten en un buen momento para asomar la cabeza fuera de el zulo. «No todo es trabajo en la vida», asegura. «Además, para componer es necesario vivir experiencias».



Joaquín Lera ensaya en su estudio. Abajo, rincones del cuarto de estar y del dormitorio del cantautor.